

ARIELISMO EN GAGINI: UTOPIA HUMANISTA Y POLÍTICA

Minor Herrera Valenciano
Universidad de Costa Rica
minor.herreravalenciano@ucr.ac.cr

Resumen: Este trabajo es una reflexión acerca de los puntos de encuentro entre dos ideologías que parecen distantes, es decir, el idealismo expuesto por José Enrique Rodó y el positivismo, corriente con la que se ha identificado a Carlos Gagini. Se presentará una breve contextualización histórica cultural de la obra *Ariel (1900)* de Rodó, posteriormente, se sistematizarán las principales ideas o postulados del *arielismo* y finalmente se analizarán algunos pasajes de las obras de Carlos Gagini en las que se evidencia el acercamiento del autor costarricense al idealismo, en función de la construcción discursiva de la utopía, vista esta desde una perspectiva humanista y política.

Palabras clave: Idealismo, Positivismo, Utopía, Gagini, Rodó.

Abstract: This work is a reflection on the meeting points between two ideologies that seem distant, that is, the idealism exposed by Jose Enrique Rodó and positivism, current with which Carlos Gagini has been identified. A brief historical and cultural contextualization of Rodó's *Ariel* will be presented, later, the main ideas or postulates of the *arielism* will be systematized and finally some passages of the works of Carlos Gagini will be analyzed in which the approach of the Costa Rican author with the idealism is evidenced, based on the discursive construction of utopia, seen from a humanist and political perspective.

Keywords: Idealism, Positivism, Utopia, Gagini, Rodó.

1. Introducción

Es por muchos conocida la cercanía que Carlos Gagini, distinguido filólogo costarricense, mantuvo con la corriente positivista-materialista, la cual se desarrolló entre fines del siglo XIX y principios del XX. No obstante, en su obra literaria es posible encontrar, como se verá más adelante, algunos pasajes que hacen eco de otras corrientes, como por ejemplo el llamado *arielismo*, un movimiento cultural (académico y social) de perspectiva idealista, que se originó a partir de la publicación del ensayo *Ariel* de José Enrique Rodó en 1900.

Tal como lo afirman Bonilla (1967) y Quesada (1987 y 1988), si se parte de las etiquetas que se le han impuesto a Rodó y a Gagini (la de idealista arielista para Rodó y de positivista materialista para Gagini), pueden vislumbrarse una serie de puntos divergentes entre ambos autores. Sin embargo, si estas son dejadas de lado y se fija la atención tanto en el ensayo del primero como en las obras del segundo, podrá notarse que ni Rodó es completamente idealista, ni Gagini completamente materialista, sino que en las obras del costarricense hay evidencia de cierto idealismo y en las del uruguayo trazos de positivismo o materialismo.

Lo cierto es que, en esos puntos de encuentro, es posible registrar posicionamientos a partir de los que se construyen diversos discursos, la mayoría de ellos apoyados en la noción de una utopía humanista y política.

Así las cosas, acerca de los puntos de encuentro entre dos ideologías que parecen distantes y distintas, es decir, el

idealismo expuesto por José Enrique Rodó y el positivismo materialista, corriente con la que se ha identificado al costarricense Carlos Gagini. En primer lugar, se presentará una breve contextualización histórica-cultural de la obra *Ariel* de Rodó; posteriormente, se sistematizarán las principales ideas o postulados del arielismo y, finalmente, se analizarán algunos pasajes de las obras de Carlos Gagini en los que se evidencia el acercamiento del autor costarricense al idealismo, en función de la construcción discursiva de la utopía, vista esta desde una perspectiva humanista y política.

2. El arielismo en su contexto

Latinoamérica experimentó un gran crecimiento en múltiples ámbitos (económico, demográfico, social) entre las últimas dos décadas del siglo XIX y las dos primeras del siglo XX. Para ese periodo, las luchas independentistas y las disputas internas en las naciones florecientes habían sido superadas, lo que trajo consigo un tiempo caracterizado por la paz y un apreciable ambiente de estabilidad política, lo cual favoreció el crecimiento económico de la región.

Dicho crecimiento económico, originado por el clima de paz que se percibía en aquella época, consintió el establecimiento de compañías de capital extranjero en toda América Latina. Esto, aunado a las características naturales del continente y al voraz desarrollo industrial de los países europeos, en especial Inglaterra, transformó a Latinoamérica en una tierra cuyo propósito estaba centrado en la exportación

de las materias primas y bienes de primera necesidad (Halperin, 1986). No obstante, con el pasar del tiempo esto se tradujo en un problema que, aún en la actualidad, afecta a todos los países latinoamericanos, esto es, un crecimiento condicionado y dependiente de las demandas de países mucho más desarrollados industrialmente.

Sin embargo, esto no ocurrió con Estados Unidos que, más bien, ganó protagonismo en la circunstancia económica mundial, gracias a una serie de acuerdos y situaciones como el Tratado de París (1898), en el que Puerto Rico pasó a formar parte del territorio estadounidense, o el de Hay-Bunau Varilla (1903), que le permitía invertir en mega obras de arquitectura como el Canal de Panamá (Halperin, 1986)

De esa manera, Estados Unidos pretendió establecer fuertes lazos económicos con los demás países de Latinoamérica, pero esto no convenció a la mayoría de estados de la región, que veían con recelo la expansión comercial de Estados Unidos, pues consideraban que su cercanía solo convenía a sus intereses de explotación de América.

Ahora bien, a partir de crecimiento de los Estados Unidos y de su colocación como potencia económica en el mundo, surgió la necesidad de elaborar una representación latinoamericana que, de alguna manera, permitiera generar una marca que singularizara a la región con respecto al “gigante norteamericano” y que, al mismo tiempo, la distanciara. Este deseo se consolidó en el desarrollo de una literatura que exaltó la multietnicidad y pluriculturalidad de lo latinoamericano.

Durante este periodo, según lo mencionado por Rama (1983), hubo una recolección de las principales inquietudes que el fin de siglo traía consigo, hecho que permitió que se gestaran cambios significativos en la literatura finisecular en lengua española, producida en el continente americano.

Unido a lo anterior, según lo señala Terán (2008), los preceptos del utilitarismo, el pragmatismo y el materialismo comenzaron a ser despreciados privilegiando, en cambio, al modernismo como contrapunto de lo burgués. Es así como, siguiendo esta línea, se desarrolló, sino un atisbo de antiimperialismo, por lo menos una reacción contestataria, protestante, indignada y de confrontación con la voracidad expansionista estadounidense.

En este contexto histórico es en el que se encontraban los autores que se tratarán en este ensayo. Desde luego, ni Rodó ni Gagini estuvieron exentos de la influencia de las corrientes de pensamiento de la época. Ahora bien, en vista de que el arielismo de Rodó fue el primero en aparecer, se tratará de ver su influencia en la presentación de las ideas antiimperialistas y utópicas que Carlos Gagini desarrolló en algunas de sus obras.

3. Principales ideas expuestas en el *Ariel* de Rodó

En el *Ariel* de Rodó, el punto central desde el que se plantea toda una reflexión sobre América Latina es el contraste entre Ariel, caracterizado como la parte noble y alada del espíritu, dotado de razón sin igual, y Calibán, visto como símbolo de

torpeza, ingenuidad y de cierta sensualidad. A partir de estos personajes, Rodó desarrolló el punto cumbre de su obra, es decir, la América Latina de su presente, tristemente gobernada por Calibán, pero con la mirada hacia un futuro utópico esperanzador que traería consigo la posibilidad de que Ariel la gobernase.

En este sentido, la primera de las ideas expuestas en el texto es la necesidad de que la juventud se oriente hacia la corrección de su presente histórico, cultural, social y económico, entre otros, para dar paso a un mejoramiento de la sociedad en general. Esa primera idea se traduce en la necesidad de educar a la juventud en todos los ámbitos, hecho que queda expuesto desde la introducción presentada en el *Ariel*, la cual recibe el nombre de “A la juventud de América”, título que puede ser sujeto de una doble interpretación, ya que haría referencia, por un lado, a toda una generación de jóvenes con la capacidad de realizar cambios en sus naciones y, por otro lado, a las naciones americanas mismas, a las que se les podía llamar pueblos jóvenes desde el punto de vista de su configuración histórico-cultural.

En vista de lo anterior, Rodó expone que serán los jóvenes guiados por la razón y la luz del conocimiento los que transformarán a América en tierra de Ariel, personaje que, como se mencionó líneas atrás, encarna el ideal de lo utópico humanista y político.

Rodó mencionó en su *Ariel* una frase que, a todas luces, describe la motivación que lo impulsó a dirigir sus ideas hacia la juventud. Dicho texto afirma que el joven “es un terreno

generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación” (Rodó, 1947, p. 25). Se nota el convencimiento de Rodó por considerar a la juventud como medio para llevar a cabo las grandes transformaciones sociales en América.

La segunda idea general expuesta en el *Ariel* es el valor de la estética y la estrecha relación que posee esta con la ética. En ese sentido, Rodó postula que, cuanto más avance la humanidad, más debería esta de alejarse del mal y del error, y que, en cambio, debería realizar una búsqueda sostenida de lo bueno, a partir del placer que trae consigo la armonía.

Esto se asocia estrechamente con la idea anterior, ya que es la educación el principio fundamental que permitirá a la humanidad (guiada por la razón y la búsqueda del ideal) avanzar hasta alcanzar su plenitud. Dicha plenitud, a su vez, se prolongará en la medida en que se entrelacen la belleza (sentimiento de lo bello) con la fuerza y rectitud de la razón.

La tercera idea es la relación entre utilitarismo y democracia. Rodó consideraba que el triunfo y difusión de los preceptos democráticos eran, en conjunto con los descubrimientos y avances científicos y tecnológicos, las principales causas del utilitarismo.

Por otra parte, a pesar de que sostenía que el modelo democrático era uno de los más apropiados para América Latina, advertía que en muchos casos “la cantidad iba en detrimento de la calidad, en el sentido de que, muchas ocasiones, la mayoría que resulta victoriosa no es la mayoría más educada sino la más influenciada” (Rodó, 1947, p. 82). De

este modo, quien pretende influenciar a la ‘masa social’ lo hace, casi siempre, desde su interés particular, hecho que relacionaría, una vez más, a la democracia con el utilitarismo.

La cuarta idea fundamental se centra en el fervor antiimperialista, o bien, nacionalista. Rodó atribuye a los Estados Unidos los vicios más deleznable; no obstante, deja en claro algunos aspectos de aquella nación que podrían resaltarse, por ejemplo, haber configurado una definición moderna de libertad y demostrar que sí era posible extender a un inmenso espacio geográfico y a su distribución en estados una misma ideología: la de crecer a toda costa aunque esto estuviese por encima del valor humano, hecho que Rodó repudiaba.

Unido a lo anterior, el problema con los Estados Unidos no era el país en sí mismo, sino la forma en la que este vorazmente se expandía y, con esto, la manera en la que sus ideas eran difundidas a lo largo del resto del territorio latinoamericano.

En el *Ariel*, Rodó dejó en claro que lo más peligroso de los Estados Unidos era que aspiraba al primado de la civilización de la cultura universal y, con esto, a la dirección de sus ideas, por lo que se consideraban (y probablemente se siguen considerando) los “hacedores de la civilización que prevalecerá” (Rodó, 1947, p. 82).

Esa grandeza con la que Estados Unidos se presentaba le preocupaba mucho a Rodó, pues consideraba que la juventud podría verse atraída a ella y, una vez embebecida, perder todo arraigo en lo latinoamericano.

Así las cosas, Rodó (1947) busca un distanciamiento de los Estados Unidos a partir de lo único que los diferenciaba, esto es, la manera de ser del latinoamericano, tal como lo menciona en el *Ariel* cuando apunta que:

falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la personalidad. Pero, en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos —los americanos latinos— una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vinculado sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro (p. 115).

Por lo visto, queda claro que Rodó establece la diferencia a partir de la integración de elemento español y del apego al ancestro autóctono precolombino. Tal como se nota en cada uno de los puntos señalados anteriormente, el autor acusa una serie de problemáticas evidentes en su presente pero, a su vez, anuncia la posibilidad de que, en el futuro, puedan corregirse.

En ese sentido, el *Ariel* de Rodó constituye un texto utópico que expone el ideal de una América Latina mejor, libre de las ataduras del imperialismo estadounidense.

Unido a lo anterior, Costa Rica no estuvo excluida de la influencia ideológica del *Ariel*. En el siguiente apartado se constatará cómo en las obras de Carlos Gagini se reflejan muchas de las ideas e idealismos propuestos por Rodó.

4. Evidencias de arielismo en Gagini: utopía humanista y utopía política

Quesada (1987), en su artículo titulado “Gagini y Rodó: Idealismo, positivismo, imperialismo”, afirma que entre ambos autores hay semejanzas, a pesar de que tradicionalmente se lo ha querido ver a uno como idealista (Rodó) y al otro como positivista o materialista (Gagini). Esto ha sido así, como lo señala Rodríguez, “por el apego al método experimental y a la ciencia como único criterio de verdad” (2016, p. 27).

No obstante, esos calificativos (idealista, positivista o materialista) para uno u otro deben dejarse de lado, en cambio, se debe partir una definición en estrecha relación con el contenido de las obras mismas (de Rodó y Gagini), así, por ejemplo, Quesada se apoya en dos textos de Carlos Gagini para demostrar que el costarricense no siempre siguió el materialismo positivista que se le atribuyó: por un lado, en el cuento “Don Quijote”, en el que se describe el ideal de la sociedad de antaño, la rectitud con la que conducían su vida los antiguos caballeros y la crítica hacia la pérdida de dichos valores ante el positivismo utilitario (materialista) de los mercaderes (1987, p.174).

Por otra parte, Valdeperas (1979), citado en Quesada (1987, p. 37) en el texto “La bruja de Miramar”, critica fuertemente el “arribismo y la mezquindad del naciente pequeño burgués tico”, pues no refleja lo que, para su juicio, debe caracterizar el “ser costarricense”. Para esto pone como ejemplo el comportamiento de dos personajes: la Tía Mónica y su hijo

Jorge. La primera representa los lazos humanos que atan las relaciones familiares más amenas; el segundo representa la ambición burguesa, la desnaturalización del hijo, capaz de sacrificar a su propia madre con tal de ascender social y económicamente. En este caso, apunta Quesada, es obvio que las simpatías del narrador se inclinan hacia el código “idealista” de la madre y no hacia el código “positivista y liberal” del hijo (1987, p. 175).

A razón de lo anterior, la posición ideológica de Gagini no correspondería de manera estricta a un “materialismo positivista”; no obstante, tampoco puede afirmarse que se trate de un “idealismo absoluto”. Así que habría que recurrir, tal como lo señala Quesada, a la “mezcla insólita de conceptos contradictorios”, es decir, admitir que su posición responde a un “positivismo idealista” que, como el “liberalismo patriarcal”, pretende conjugar la defensa “liberal” y “positivista” del “progreso” burgués con la defensa “idealista y caballeresca” de ciertas “tradiciones humanistas patriarcales” (1987, p.175).

Ahora bien, el idealismo que proyectó Rodó a partir de su obra *Ariel* tampoco se oponía de manera categórica al positivismo, sino a una vertiente de este, denominada por el autor como “utilitarismo pragmático”, pues consideraba que “nuestra actividad [la del ser humano] toda entera, se orienta en relación a la inmediata finalidad de interés” (1947, pp. 58-59), es decir, hace manifiesta su oposición contra aquellos que anteponen sus intereses individuales sobre los comunes.

Debido a lo anterior, como se observa, establecer barreras entre los pensamientos y las posiciones expuestas tanto por José Enrique Rodó como por Carlos Gagini, o encasillarlos a partir calificativos como “idealista” en el caso del primero y “positivista” en el del segundo, constituiría un error, pues limitaría el alcance y la riqueza de sus obras.

Unido a lo anterior, Bonilla, en su texto *Historia de la literatura costarricense* (1967), menciona que:

En *El árbol enfermo* y *La caída del águila*, Gagini es, al menos en la novela, el primer representante del nacionalismo y del antiimperialismo en nuestras letras y tiene cierto interés el observar que, a pesar de su mentalidad fría y académica, sintió la influencia del *Ariel* de José Enrique Rodó, que por aquellos años, y coincidiendo con el crecimiento de los Estados Unidos, entusiasmaba a muchos escritores idealistas de la América Española (p. 136).

De este modo, partiendo de la cita anterior, se establecerán algunas otras relaciones sobre la influencia que ejerció el arielismo de Rodó sobre las posturas ideológicas de Carlos Gagini, en procura de dilucidar cómo se produce la construcción discursiva de la utopía en la obra del costarricense.

Rodó contenía sus esperanzas en que la educación de la juventud americana de su época, su ideal de progreso y de empoderamiento de las jóvenes naciones americanas se centraría en organizarse socialmente, a partir de lo que dictara la razón y lo que esta, por sí misma, acarrearía en el pueblo, a saber, una ética de lo correcto.

Este mismo parecer se expone en el ensayo *La ciencia y la metafísica*, escrito por Gagini (1918), pues, tal como lo señala Rodríguez (2016), este autor:

examina la educación científica; se refiere al requerimiento de otorgar primacía, antes que a las artes en la enseñanza que se importe en el país, a las ciencias. Partiendo del principio positivista de que las acciones humanas están condicionadas por la herencia, el medio y la educación, ve Gagini un grave problema si no se corrige la senda de la educación costarricense (p. 28).

Es notorio, entonces, que tanto Rodó como Gagini ponderan la educación en general como medio para alcanzar el desarrollo y, asimismo, la autodeterminación de los pueblos. Es la juventud educada, preparada académicamente, la que puede iniciar el proceso de cambio social y enfrentar, por medio del conocimiento, los embates imperialistas de Estados Unidos. Esto, a su vez, representa la construcción discursiva de la utopía humanista, reflejada especialmente en el pasaje del ensayo de Gagini antes mencionado:

Cuando nuestra juventud encuentre placer en la investigación laboriosa, en el trabajo activo; cuando conozca la historia natural del hombre y su papel en la tierra; cuando dedique menos tiempo a la especulación estéril y más a la experimentación; cuando su educación sea más sólida que aparatosa, menos idealista y más práctica, se inaugurará en estas repúblicas una era de bienestar y de no interrumpido progreso (1918, p. 59).

A pesar de que la cita encierra un positivismo latente, fundamentado en la ciencia y en lo práctico por encima de lo idealista, no deja de mostrar, tal como se dice, un anhelo idealista: el deseo de una educación basada en la ciencia y en la

experimentación práctica y útil para el ser humano, esto es, en resumen, un ideal utópico.

Ese ideal utópico podría considerarse humanista y se aprecia asimismo, en otras obras del autor, por ejemplo, en algunas obras de teatro. Tal es el caso de *Trocitos de carbón* (1923), en la que Gagini recurre al buen oficio de la “niña Julia, la maestra” para enseñar a un grupo de alumnas que todos somos iguales, que no importa el color de la piel ni el status social, porque hay un lazo que une a las personas y ese es el lazo de su humanidad. Al respecto, Herrera Valenciano (2018) menciona que:

la utopía humanista se hace presente en la ideología de uno de los personajes más significativos: la niña Julia (...) que presentará a sus alumnas el mejor de los futuros posibles, por medio de una serie de enseñanzas, que trascenderán el texto y mostrarán al lector el ideal de una sociedad igualitaria e integradora (p. 60).

Tal como se presenta en la cita anterior y como se ha venido mencionando, Carlos Gagini abandona frecuentemente el llamado “materialismo positivista” para construir discursivamente utopías en las que permite entrever sus anhelos de una sociedad mejor en la que, como apunta Arpino, se plantea “un ideal de convivencia entre todos los actores sociales” (2009, p. 14).

Unido a lo anterior, Rodó consideraba, como puede leerse en su *Ariel*, que la humanidad debía avanzar y, en la medida en la que esta lo hiciera, se huiría “del mal y del error como de una disonancia, se buscará lo bueno como el placer de la armonía” (1947, p. 52). Rodó creía que, para alcanzar tal fin, el

único camino era el de la educación, herramienta que estaría advocada hacia brindar al espíritu humano el estímulo necesario para alcanzar la plenitud, que sería lo mismo que vivir en armonía.

Gagini, de forma similar a Rodó, ve en la educación el punto de partida para el cambio y, en *Trocitos de carbón* (1923), lo deja claro cuando propone algunas ideas expresadas por la voz de la maestra Julia: “Así abrazados deberían vivir los hombres de los diversos pueblos y razas, porque todos somos hermanos; todos somos miembros de la gran familia humana” (Gagini, 1963, p. 344).

La cita anterior se posiciona como un “eco” del idealismo arielista de Rodó, en el sentido de desear una utopía, la unificación del mundo, la equidad entre los humanos, “el alcance final de la armonía que conduzca hacia la plenitud” (Gagini, 1963, p. 344).

Gagini construye un discurso utópico humanista en la medida en que presenta “las virtudes del amor y el reconocimiento de sí mismo en el otro” (Herrera, 2018, p. 61), las cuales permitirán vislumbrar un futuro mejor en el que todos los seres humanos se aproximen entre sí, únicamente por su propia condición de “ser” humano. Ahora bien, lo que preocupaba tanto a Rodó como a Gagini se podría resumir, tal como lo señala Quesada (1987), en una inquieta reflexión histórica sobre el destino de América Latina. Es justo en ese punto donde se entrelazan nuevamente los pensamientos de ambos escritores, especialmente en los posicionamientos que

cada uno expone en relación con el expansionismo estadounidense.

Al respecto, Quesada (1987) menciona que, en cuanto a Rodó y Gagini, estos representarían:

los dos extremos de una misma posición, sus actividades responden a la posición ambigua de nuestra oligarquía liberal ante aquella experiencia histórica; ante la desintegración de las antiguas tradiciones patriarcales, por una parte, y ante las consecuencias que traía, por otra, el crecimiento de las relaciones mercantiles capitalistas: la descomposición socio-moral interna, y la amenaza de dominio externo, al convertirse el país en un apéndice pobre y dependiente del mercado internacional (p. 177).

Esas posiciones extremas están unidas bajo un mismo estímulo: la lucha antiimperialista contra Estados Unidos y la motivación de edificar una sociedad latinoamericana capaz de valerse por sí misma, de autodefinirse, de convertirse en potencia, una sociedad que sea capaz de derrocar a los “yankees”, de proclamarse dueña de los territorios que intentan arrebatarse.

Esta es otra de las modalidades narrativas de la utopía (Rodríguez, 2016, p. 131), la que visualiza a Costa Rica esta vez desde un imaginario político, convertida en una “potencia mundial”, un escenario en el que no se presenta el “entreguismo y la zalamería de ciertos sectores nacionales que lanzan al país a la dominación y explotación yanquis” (Mora, 2008, p. 296).

Dicha utopía política se ve reflejada cuando Gagini, mediante los diálogos de Roberto Mora en *La caída del águila*

(1920), construye discursivamente lo que para él sería la verdadera utopía: ese deseo de “renovar allí el idilio del paraíso” (Gagini, 1981, p. 166), una renovación que tiene como punto de partida la libración del encadenamiento imperial que Estados Unidos ha impuesto a Costa Rica y a toda la región centroamericana.¹

Los ideales expuestos en el *Ariel* de conformar una América Latina unida que lidere en el orbe mundial encuentran eco en las aspiraciones de Roberto Mora, quien, además, se posiciona como líder de “Los caballeros de la libertad” en *La caída del águila* (1920), y para quien el más caro anhelo es que:

Quisiera ver la tierra ocupada por centenares de pueblos libres y felices, saneada y cultivada capaz de contener y alimentar una población que no se multiplicara estúpidamente como ahora; desearía ver a los hombres todos equilibrados, exentos de vicios, disfrutando plácidamente de la vida; sin guerras, ni pestes, ni penas. (Gagini, 1981, p. 166).

Ahora bien, la utopía humanista no solo se visualiza en esa cita, sino que se construye al igual que como ocurre (como se mencionó antes) en la pequeña pieza dramática *Trocitos de Carbón* (1923) de Gagini, ya que en este texto se desea un futuro en el que, una vez más, los seres humanos no distingan entre nacionalidades, creencias o tonos de piel, sino en el que la humanidad busque la plenitud en comunión, primando objetivos de carácter colectivo antes que cualquier otro, tal como se presenta en el siguiente pasaje:

¹ Según Mora, lo que más indigna a Carlos Gagini son aquellos que quieren entregar la nación entera (hombres, mujeres y riquezas naturales) a los empresarios insaciables que vienen del norte (2008, p.296).

No importa hoy en el mundo
Tener la tez oscura,
Si el alma es bella y pura
Y blanco el corazón.
No importan los honores,
La gloria, la riqueza:
Importa la nobleza
que da la educación.
¡Que un dulce sentimiento
acerque a los humanos!
¡Que a todos haga hermanos
el lazo del amor! (Gagini, 1923, p. 350)

Unido a lo anterior, al igual que en el *Ariel* de Rodó, valores como el amor por el otro, la honradez y una ética fortalecida en la rectitud que procura la razón surgida de una adecuada educación, son los que facilitarían el establecimiento de una sociedad mejor, es decir, de una *utopía humanista y política*.

Por otra parte, no se puede obviar el ideal antiimperialista que comparten ambos autores. Rodó, por un lado, pretende resistir la influencia estadounidense, marcando distancia a partir de la forma de ser del latinoamericano y de su apego a los orígenes indígenas y la influencia española:

[...] falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la personalidad. Pero, en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos — los americanos latinos — una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor si continuidad en lo futuro (Rodó, 1947, p. 115).

Gagini, por otro lado, construye a nivel local un posicionamiento que reivindica la americanidad, pues pone en voz de Roberto Mora lo siguiente:

¡Error! No pasarán cuatro días sin que usted, señor secretario, se convenza de que el ingenio latino no es inferior al sajón y que este ignorado ciudadano de la más pequeña y desgraciada república latinoamericana tiene motivos suficientes para enorgullecerse pensando que él solo, sin más auxiliares que su escasa ciencia y sin más arma que la justicia, va a destruir el imperio más poderoso de los tiempos modernos. (Gagini, 1981, p. 105).

Es notorio cómo, en ambos casos, la noción antiimperialista parte, en primer lugar, de la revaloración y empoderamiento de lo latinoamericano como tal y, posterior a ello, de la lucha abierta contra las imposiciones culturales e ideológicas de los Estados Unidos.²

Por otra parte, en su otra novela antiimperialista, *El árbol enfermo* (1918), quizá la más conocida según Quesada (1988, p. 143), Gagini recurre a otra modalidad del discurso utópico, también asociado al idealismo propuesto por Rodó. En este caso, se trata de la utopía política por medio de la cual “conciliaría la moral humanística con la práctica positivista” Quesada (1988, p. 143), hecho que se constata en pasajes como este:

Fernando guardó silencio breve rato y luego dijo gravemente: -Amo entrañablemente a mi patria y por lo

² Mora menciona que la ira patriótica de Gagini se levanta no solo contra el imperialismo estadounidense, sino contra todos los traidores de su patria, los que la entregan, los que la venden. Frente a ellos se levantará la rebeldía y el patriotismo de los sectores trabajadores y otros sectores ciudadanos (2008, p.296).

mismo desearía que fuera la más moral, próspera y feliz de las naciones. Para realizar ese ideal es menester empeñarse en corregir los vicios de nuestro carácter con enérgicos remedios. (Gagini, 1990, p. 30).

A partir de la cita anterior, es posible destacar otro punto de encuentro entre ambos autores: esto es que, al igual que Rodó simbolizó su ideal de juventud latinoamericana en la figura humanista de Ariel, Gagini representó su ideal en dos personajes que para él representaban la esencia del humanismo, la buena política y el patriotismo, a saber, como se ha visto antes, Fernando Rodríguez, en *El árbol enfermo*, y Roberto Mora, en *La caída del águila*. En ellos se concilia el hombre de empresa con el caballero humanista y patriota, y una mentalidad científica y “positivista” con la lucha por la justicia y la libertad de los seres desvalidos o los pueblos sojuzgados. (Quesada, 1987, p.180).

En fin, si bien es cierto que, en sus textos, Gagini no alude directamente a Rodó ni a su ensayo *Ariel*, la reflexión que el costarricense hace de su propio contexto histórico, además de su ferviente ideología antiimperialista, los acerca de tal manera que es innegable la presencia de cierta influencia idealista/arielista en la obra del centroamericano, en su positivismo. Del mismo modo, es posible encontrar en el idealismo de Rodó cierto acercamiento al positivismo, tal como lo deja en claro el ensayista en su texto *Ariel*.

5. Conclusiones

Carlos Gagini utiliza modelos literarios utópicos de las perspectivas humanista y política, a partir de las cuales desarrolla obras con temáticas que van desde la apreciación de la educación como herramienta para la reivindicación de las sociedades latinoamericanas, hasta la exaltación de un ferviente nacionalismo antiimperialista, hecho que lo acerca al “idealismo” propuesto años antes por José Enrique Rodó, a tal punto que, apartando los epítetos asignados a estos autores (“positivista” para Gagini e “idealista” para Rodó), podría hablarse de un *idealismo positivista* implícito en las obras de cada uno.

Las similitudes que existen en cuanto al contenido entre las obras de Gagini y el ensayo *Ariel* de Rodó se deben, además, al momento histórico que atravesaban los autores, pues ambos veían que la influencia que Estados Unidos ejercía sobre los países latinoamericanos resultaba nociva para la autodeterminación de los pueblos, de manera tal que, aunque separados temporal y geográficamente, sus reflexiones se concentraron en un intento por revalorar lo latinoamericano desde la construcción de una identidad propia.

Si bien Carlos Gagini no hace referencia directa a la obra de José Enrique Rodó, el contexto en el que se desarrollan sus textos, la temática antiimperialista y la sucesiva ideología expresada en estos permiten justificar plenamente la influencia que tuvo la obra del escritor uruguayo sobre él y muchos escritores latinoamericanos de su época.

Así pues, el objetivo de una Latinoamérica poderosa, fortalecida por valores éticos y, sobre todo, educada y unificada bajo un mismo ideal, solo será posible a partir del desarrollo de discursos utópicos humanistas y políticos.

Referencias Bibliográficas

- Arpino, A. (2009). “Utopía y humanismo en el pensamiento latinoamericano”. *Ágora*, X, (19), 8-34.
- Bonilla, A. (1967). *Historia de la literatura costarricense*. San José: Editorial Costa Rica.
- Gagini, C. (1918) *La ciencia y la metafísica*. San José: Falco & Borrasé.
- . (1963). *Teatro completo*. San José: Editorial Costa Rica.
- . (1981) [1973]. *La caída del águila*. San José: Editorial Costa Rica.
- Halperin Donghi, T. (1986) [1969]. *Historia Contemporánea de América Latina*. Buenos Aires: Alianza.
- Mora, A. (2008). *El arielismo: De Rodó a García Monge*. San José: EUNED.
- Quesada, A. (1987). “Gagini y Rodó. Idealismo, positivismo, imperialismo”. *Letras*, 1 (15), 171-183.
<https://www.revistas.una.ac.cr/index.php/letras/article/view/4878/4691>.
- . (1988). *La voz desgarrada: La crisis del discurso oligárquico y la narrativa costarricense*. San José: EUCCR.

- Herrera Valenciano, M. (2018). Imaginario étnico y utopía humanista en la obra *Trocitos de Carbón* de Carlos Gagini. *Káñina*, 42 (1), 51-63. https://www.scielo.sa.cr/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2215-26362018000100051
- Rama, A. (1983). La modernización literaria latinoamericana (1870-1900). *Hispanamérica. Revista de Literatura*. 36 (1), 4.
- Rodó, J.E. (1947). *Ariel*. Montevideo: Editorial Colombinos.
- Rodríguez Cascante F. (2016). *Imaginarios utópicos. Filosofía y literatura disidentes en Costa Rica 1904-1945*. San José: EUCR.
- Terán, O. (2008). *Historia de las ideas en la Argentina. Diez Lecciones iniciales, 1810-1980*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Fecha de recepción: 30/05/2022

Fecha de aprobación: 27/08/2022